

DEBATE SOBRE LA FELICIDAD



4CE años asistí en Ginebra a una de las sesiones de los "Rencontres Internationaux" cuyo tema era "La felicidad del hombre". No se trataba del hombre social ni de determinar los factores o direcciones de nuestra felicidad colectiva; trataba del hombre como ente individual. Me llevé a casa una carpeta con extractos de ponencias y comunicados ya pronunciados, relativos a este importante tema. Después de su lectura me pareció que era un tema imposible de enjuiciar y que no encontraría conclusiones eficaces en un congreso. Hasta entonces en estas reuniones anuales se había hablado del espíritu europeo, del progreso técnico y moral, del arte nuevo, de los derechos del espíritu y de las exigencias sociales, del hombre ante la ciencia, de Europa y el mundo actual, del hombre y el átomo y, en fin, del hambre en la sociedad actual. Todos estos enunciados podían ser motivo de debates y de comunicación, pero, ¿podía serlo la felicidad del hombre como individual?

Habían participado en las reuniones teólogos y psiquiatras, intelectuales y filósofos, sociólogos y novelistas. Las líneas de conducta respecto al asunto pudieran ser tres: la de algunos sociólogos, como el profesor Adam Schaff, de la Universidad de Varsovia, partidario de un "humanismo combatiente", para el cual la felicidad del hombre es subjetiva y no puede ser controvertida; no puede hablarse de ella sino de la felicidad colectiva y de lo que la obstaculiza, principalmente el hombre. Un segundo grupo era el de los teólogos: para ellos el hombre, portador de un destino superior, no puede encontrar la felicidad más que en la renuncia. Finalmente, en pequeño grupo, los humanistas, entre ellos el rector de la Facultad de Letras de la Universidad de Ginebra, Henri de Ziegler. Según él, es imposible hablar de un solo tipo de felicidad en el hombre; habría que hablar de muchos y distintos tipos de felicidad: hay quien imagina a la felicidad como una consecuencia de la calma; el otro como un resultado de la agitación. Recordaba lo que afirma Pascal cuando hablaba de nuestra incapacidad de permanecer tranquilos y solitarios en una habitación, lo que debería bastar para hacernos felices. Otro orador de ese grupo subrayaba que la dicha es extrañamente elusiva y que en un clima de bienestar se puede vivir desdichadamente y sentir la desgracia misma de ese bienestar; es posible, afirmaba, que la única causa de felicidad sea el esfuerzo creador.

Esa cuestión indefinible e imprecisa, la felicidad, está, sin embargo, implicada en el corazón mismo del hombre; y según recordaba en aquella ocasión el profesor Luis Maire, presidente de las reuniones, el deseo de felicidad es tan viejo como el hombre mismo y ya se encuentra latente hasta en los más ínfimos protozoos. He aquí, pues, una cuestión importante, capital entre todas las que nos acosan, que no parece haber encontrado su definición.

Antes que nada se trataría de saber qué es lo que significa la palabra "felicidad". En su denominación francesa, "bonheur", equivale etimológicamente a "buena hora", u hora radiante. "Glücklichkeit", en alemán, se entronca misteriosamente con el azar, con el hado favorable. La palabra "fortune", es ambivalente para el castellano con la felicidad y con la holgura económica. Nuestra acepción, "felicidad", que quiere resumir todos esos términos, resulta una mezcla imprecisa de buena suerte, de dicha y de sosiego espiritual. Significa con exactitud "un estado de ánimo que se complace en la posesión de un bien". No son iguales las calidades ni la anchura de la felicidad en español a sus equivalentes definitorios en las otras lenguas cultas, ni las de éstas entre sí. Pero en todas, el concepto es abstruso. ¿Se trata de una satisfacción con el reposo? ¿De una euforia pasajera? ¿De una realización de nuestros deseos? ¿De la alegría liberadora de los trovadores? ¿De la paz interior que sólo conocen en la tierra los hombres de buena voluntad? ¿De aquello que hacía decir a León Bloy: en la tierra no hay más que una desgracia, que es la de no ser santos? Al hablar de felicidad, no se trata de manifestar un simple elogio a la sabiduría, sino de penetrar en lo hondo de su concepto; y ningún diálogo podrá contribuir a precisar los matices de que la felicidad está hecha y de que está llena. Verdaderamente la felicidad es "elusiva" hasta en su nomenclatura.

Pero si intentamos pasar de su definición a su concepto, ¿en qué terreno tan resbaladizo tendremos que entrar! La ambigüedad de los conceptos que forman los términos "feliz" o "infeliz" es extraordinaria. A este propósito

recordamos una anécdota popular china. Un campesino informa a otro de que acaba de perder su caballo. "¿Qué desgracia!", le dice éste. "Desgracia, ¿por qué?", responde el primero; y en efecto el hijo del campesino encontró su caballo y, al propio tiempo, una pareja de cabras salvajes. "¿Qué suerte...", comentó su vecino. "Suerte, ¿por qué?"; y el hijo del campesino se rompió una pierna al querer incorporar a uno de los caballos. La historia podría prolongarse indefinidamente. A menudo la suerte y la desgracia están emparentadas, trabadas, y no se puede concebir a la una sino como consecuencia de la otra. Un acontecimiento en sí mismo desdichado puede ser origen directo de ciertos otros acontecimientos felices. La frontera entre la felicidad y la desgracia no siempre es clara y discriminable.

De ahí que nosotros, los occidentales, nos dediquemos a concebir a menudo la felicidad como una conclusión de los esfuerzos. El ideal de la felicidad del hombre económico que somos está en desprendernos de esa contingencia. El "desideratum" de cada hombre occidental está en el retiro. Imagina la felicidad como ocio. Los "clochards" de París, que duermen bajo los puentes, habrían inventado así, aunque de una manera precaria, su propia felicidad, al desprenderse de toda consideración económica; también los monjes de los cenobios hubieran establecido en la tierra una felicidad de compromiso, en espera de la felicidad suprema. Una y otra serían "felicidades de deserción", elusiones a la carga de la vida. Para este concepto del hombre apartado, valen lo mismo un libro piadoso que unos versos de Marcial. La felicidad consistiría en ponerse al margen, en eludir la tormenta de la vida. Esta tendencia a identificar la felicidad con el ocio está ya en Cicerón y en Virgilio, el cual veía en el reposo agreste de las vacaciones un don divino, una soberana disposición de sí mismo; y es la base social imperante en la masificada, aunque limitada a breves periodos, felicidad colectiva de hoy.

Son muy pocas las ocasiones en la vida de un hombre —o de una mujer— en las que cada uno puede decir y dice: "Soy feliz". Esos términos son los que derrochan exaltadamente los enamorados, en el ímpetu de su pasión. Hay en efecto, en el amor, succulentos instantes de ataraxia exaltada que hacen brotar esa confesión intuitiva. Las ciencias de la psiquiatría y la medicina psicodérmica vendrán a echar un jarro de agua fría a estas expresiones, destruirán su romántico énfasis, al descubrirnos que esa felicidad fugaz es una consecuencia momentánea de la secreción de determinadas glándulas o, sencillamente, una efusión psíquica ilusoria. Ya lejos de los instantes de exaltación, un examen de nuestras propias sensaciones nos dirá que aquella felicidad era aleatoria y que, por tanto, deja de ser "felicidad". En revisión positivista y racionalista de nuestras propias realidades, observamos que la tensión de la felicidad se produce principalmente en la búsqueda de ella, en los instantes que la anticipan y que nos la acercan. En muchas ocasiones hemos visto el espectáculo que ofrecían los jóvenes de nuestro tiempo en el campo, con ocasión de los festejos. Se veía a la juventud masculina por la carretera, de un poblado a otro, con un pequeño paquete en las manos. La juventud se iba entonces sistemáticamente a bailar al baile vecino. Habían ya agotado prontamente las seducciones que les ofrecía el baile de su propia localidad y el impulso les llevaba a ir a bailar en los entoldados de las cercanías con el paquete de los zapatos en la mano. Ello nos hace pensar en el hecho de que la felicidad está siempre en el baile de al lado, y no en el nuestro propio, y que ella quizá consista en la afición con que empaquetamos nuestros propios zapatos para ir a bailar a otro lugar.

paraíso recobrado

Ahora, a finales de noviembre, cuando el otoño se resiste todavía a arrancar de los árboles el oro de sus hojas, se produce en la Naturaleza un fenómeno deslumbrante de oros suaves y de manantiales sonoros. Yo siento en esta época del año aquello mismo que sentía antes en cualquier estación, que es un deseo vehemente de coger los bártulos —pocos bártulos— y descansar en una vida eglógica, lejos de la ciudad. Naturalmente que esos impulsos no son los del simple hombre que prepara unas vacaciones, sino los del ser que aspira a hacer de ese tono ambiental la conclusión definitiva de su vida. En mi mocedad, ese impulso me hubiera llevado a extremos increíbles; entonces no me hubiera importado llevar mi vida hasta un faro y vivir como los "fareros", rodeado de viento y de infinito. He comprobado luego que esos ímpetus hacia la soledad no me hubieran durado mucho tiempo. Es muy probable que lo que hacemos con la felicidad no sea más que debatirla y jugar con ella. Todo lo que podemos atrapar de la vida está en cada esquina a la vuelta de un aire imprevisto; y lo único que nos queda por hacer, como decía Claudel, es recordar en todo instante al universo entero su prístina condición de paraíso.